

## ARMONIA Y DISYUNCION EN LA FLORIDA DEL INCA\*

Raquel Chang - Rodríguez

*Para José J. Arrom*

Cuando se estudia la obra del Inca Garcilaso de la Vega (1539 - 1616) y en particular los **Comentarios reales** (1ra parte, 1609; 2da parte, 1617), se acostumbra a destacar cómo el mestizo peruano basándose en la filosofía neoplatónica y particularmente en los **Diálogos de amor** de León Hebreo, crea un esquema propio para explicar y justificar la conquista española así como para igualar la aportación incaica y europea en la formación de una patria que al contrario de conceptos prevalentes entonces, desbordará el lugar de nacimiento para abarcar a todo el Incaio(1). Que esta dramática dualidad de la biografía y escritos garcilasianos fue resuelta únicamente en el futuro avizorado por el autor ya ha sido notado por José Durand (2). Efectivamente, Garcilaso escribe consciente del drama de su patria y del propio, pero nunca pierde la esperanza en la realización del mundo armónico delineado en sus escritos y fundamentado por el amor. El Inca nos enseña, como tan bien lo ha expresado Durand, a “hacer y esperar, contra todas las adversidades de la realidad presente” (3). Por eso no sorprende el ruego de Garcilaso a indios y mestizos para que “adelanten en el ejercicio de virtud, estudio y milicia, volviendo por sí y por su buen nombre” (4). Con todo, el mundo armónico del discurso del Inca pasa a ser sueño del

21

---

\* Quiero hacer constar que la investigación resumida en este estudio fue llevada a cabo con la ayuda generosa del **National Endowment for the Humanities** y del **City University of New York- Professional Staff Congress Research Award Program**.

---

porvenir. Quizá la asunción del distanciamiento entre utopía y realidad lo lleve a concluir la segunda parte de los **Comentarios reales** con la decapitación de Tupac Amaru I en la plaza del Cuzco (1572), su ciudad natal y antiguo centro sagrado del Incario. La tragedia del soberano y la desaparición del Tawantinsuyu en la persona sagrada y real del gobernante están indisolublemente ligadas a la biografía y escritos del Inca. A la vez que exhorta a mestizos e indios a mirar hacia el futuro y poner fe en el porvenir, el peruano concluye su obra maestra desolado: el amor-ligadura aprendido en los textos neoplatónicos tan frecuentados por él no basta; la realidad americana irrumpe destrozando estos ténues lazos. La presión entre el ideal ofrecido por el esquema de Garcilaso y su enfrentamiento con los hechos mismos de la conquista sentidos como tragedia, otorga a los escritos del Inca una evidente tensión (5).

22

La disyunción es frecuentemente obvia en diversas instancias de los **Comentarios reales**. Garcilaso admira a Gonzalo Pizarro y a Francisco de Carvajal, el “demonio de los Andes”, aunque ambos se levantaron contra el rey en oposición a las Nuevas Leyes aprobadas en beneficio de los indios (6). El autor presenta a los Incas como reyes “naturales” del imperio y a Tupac Amaru como heredero legítimo. A la vez Garcilaso se proclama súbdito leal e inclusive dedica una de sus obras al soberano español. Precisamente nuestro propósito es señalar cómo la alternación de tal planteamiento armónico y la historia misma de la conquista de América signa la obra primeriza de Garcilaso, **La Florida del Inca** (1605), otorgándole un tenso tramaje que va más allá del uso de la retórica forense tema tratado ejemplarmente por Enrique Pupo-Walker en un estudio suyo sobre el Inca (7). Y digo esto porque a pesar del brío juvenil con que Garcilaso exhorta a sus congéneres a la reconquista de las tierras recorridas por Hernando de Soto en su infausta expedición (1533 – 1544), y sin embargo de los alegatos del peruano sobre la importancia de convertir al cristianismo a los indios o de evitar que naciones enemigas dominen la agreste zona, la historia de de Soto y sus expedicionarios tal y como la narra el Inca está repleta de

señales que nos la hacen percibir como tragedia para actores europeos y americanos(8). No es por azar entonces que Garcilaso cierre su libro aparecido en 1605 con un capítulo donde detalla el “número de los cristianos seglares y religiosos que en la Florida han muerto hasta el año de mil y quinientos y sesenta y ocho” (9). Así tanto esta obra primeriza como la póstuma **Historia general del Perú** concluyen con una visión de muerte y destrucción perturbadora de la armonía también presentada por el autor. A su vez, el caos final evidente en ambas se convierte en el desmentido del heroísmo de las hazañas europeas en América —Tupac Amaru fue injustamente decapitado y de ahí la legitimidad del ostracismo real contra Francisco de Toledo; la Florida se perdió por ambiciones y discordias internas tanto como por la muerte de Hernando de Soto. Ambos desenlaces convierten a alabados administradores y hazañosos conquistadores en hombres capaces de errar y mentir. De manera sutil, Garcilaso intenta poner a cada quien y a cada cosa en su sitio.

En **La Florida del Inca** la narración del encuentro entre Hernando de Soto y la señora de Cofachiqui que el Inca compara al de Cleopatra y Marco Antonio, ilustra bien cómo se quiebra la deseada armonía cuando irrumpen conflictos impuestos por la realidad de la conquista. Que Garcilaso describa en detalle el encuentro del romano y la egipcia y cómo el amor hace trocar al señor en siervo y a la esclava en ama, nos remite a su fe en el poder armonizador de este sentimiento. Cuando el autor de **La Florida** señala la semejanza entre ambos encuentros anticipa la resolución del conflicto americano a base de una unión entre conquistadores y conquistados (F, III, x, 210). Vale destacar que Garcilaso entiende la conquista como la posibilidad “de realizar en el vasto panorama de la historia un mestizaje ideal entre el Nuevo y el Viejo Mundo” (10). El fundamento de su interpretación corresponde a los **Diálogos** de León Hebreo y, como ya ha resaltado William Ilgen, específicamente al concepto neoplatónico del original estado andrógino del hombre cuya doble naturaleza femenina y masculina era perfecta. Una vez separadas, ambas mitades co-

---

mienzan una búsqueda para reunirse de nuevo y volver al estado ideal. Para el autor de los *Diálogos*, el universo es también como una persona. Por eso busca su perfección en la unión de sus dos partes separadas. Esa unión se logrará mediante la ligadura que todo lo une, el amor (11). No es casual entonces que Garcilaso sitúe la reunión de la cacica y el capitán en el centro de su libro, ni tampoco que la compare con el dramático encuentro de la egipcia y el romano donde el amor desempeñara un papel tan descollante. Efectivamente, en una sugerente y hasta sensual porción de este relato, la joven cacica va quitándose “poco a poco una gran sarta de perlas gruesas como avellanas que le daba tres vueltas al cuello y descendía hasta los muslos” para obsequiárselas a de Soto a través del intérprete. A instancias del adelantado, la señora de Cofachiqui le entrega de su mano las perlas, y él a su vez le corresponde con una sortija que se quita del dedo (12). Los exploradores quedaron tan embelesados con la hermosura e inteligencia de esta cacica “que entonces ni después no fueron para saber cómo se llamaba, sino que se contentaron con llamarla señora, y tuvieron razón, porque lo era en toda cosa” (F, III, xi, 211 – 212). He aquí el encuentro ideal de dos mundos. Simbólicamente el embeleso colectivo de los exploradores ante la anónima cacica, avizora la unión donde las partes macho y hembra del universo se reunirán a través del amor para volver al perfecto estado andrógino. Pero Garcilaso insinúa más. De la integración de estas partes, de la vuelta a ese estado feliz, con el restablecimiento de esa unidad primigenia, nacerá un mundo más perfecto —el mestizo. Que la vinculación de estos opuestos es por de pronto tarea difícil y quizá imposible, lo ilustra bien lo ocurrido al mensajero de la señora de Cofachiqui: el joven se degüella ante los atónitos ojos españoles. Recordemos que se le había encomendado traer a la vieja cacica ante Hernando de Soto. El encargo que llevaba:

“era contra el gusto y voluntad de su señora la vieja, . . . no correspondía al amor que ella le tenía, ni a la crianza que como madre y señora le había hecho . . . Si no hacía lo que su señora la moza le mandaba . . ., caería

en su desgracia y perdería su servicio . . . Por lo cual, viéndose metido en tal confusión y no pudiendo salir de ella sin ofender a alguna de sus señoras, . . . había elegido por mejor la muerte que enojar a la una o a la otra y así la había tomado por sus propias manos” (F, III, xii, 215 – 216).

La imposibilidad de armonizar su misión con el amor a la vieja cacica o el respeto a la joven señora, precipita el fatal desenlace. Encontramos así un conflicto de lealtades tan fuerte como el que seguramente tironeó el espíritu del Inca. El es cifra y símbolo de la tragedia de la conquista. Ambos relatos —el del idílico encuentro y el del trágico suicidio— muestran preocupaciones que atenazaron al Inca, problemas irresueltos convertidos en temas centrales de sus escritos. La reunión de la joven cacica con Hernando de Soto espeja la posibilidad de una sociedad ideal basada en el orden y armonizada por el amor —el reencuentro de las dos partes separadas para formar un nuevo andrógino. A su vez, el suicidio del joven emisario muestra la difícil tarea de reconciliar intereses diversos, partes separadas, y también cómo aun el amor puede destruir. El trágico destino del florido nos remite al choque cultural y a la disyunción productos de la conquista— la realidad vislumbrada por el Inca y sentida vivamente por antiguos peruanos y norteamericanos (13). Otro breve pero no menos trágico “acaecimiento” de **La Florida del Inca** ilumina la obra y a la vez la tiñe de horror. Después de un ataque indígena los expedicionarios buscan a una española en trance de alumbramiento en la víspera del combate. La encontraron totalmente carbonizada (F, III, xxxvii, 283). Que el Inca no haya mencionado a esta mujer ni antes ni después del suceso nos hace percibir lo ocurrido como fortuito. Pero, contradictoriamente, este silencio sirve para destacar cómo la conquista y su violencia afectan el presente y el porvenir; cómo aun lo más sagrado o lo más inocente puede ser tocado y destruido (14).

Pero sería injusto destacar solamente instancias disyuntivas. Consecuente con una visión armónica y uniformista

---

que lo hará parangonar después al Cuzco con la antigua Roma (15), Garcilaso describe templos para el culto de los muertos, armas, joyas, retratos y estatuas gigantescas,

“contrahechos al vivo, con tanta ferocidad y braveza en la postura que los castellanos, sin pasar adelante, se pusieron a mirarlos muy de espacio, admirados de hallar en tierras tan bárbaras obras que, si se hallaran en los más famosos templos de Roma, en su mayor pujanza de fuerzas e imperio, se estimaran y tuvieran en mucho por su grandeza y perfección” (F, III, xv, 222).

26

Pero el asombro ante tales maravillas no termina aquí. Estos guardianes gigantescos llevaban mazas “hechas ni más ni menos que las porras que pintan a Hercúles, que parecía que por éstas se hubiesen sacado aquéllas, o por aquéllas éstas” (F, III, xv, 222). La detallada descripción del templo de los Cofachiquis muestra la veneración de los indios por sus antepasados, su gusto por lo bello así como una habilidad artística parangonable con lo mejor de la antigüedad clásica. Que Garcilaso compare a los floridos con griegos y romanos y a la vez subraye su predisposición para aceptar el cristianismo (F, V, 1ra parte, ii, 337), apunta hacia su adaptación de la *praeparatio evangelica* comenzada en esta obra primeriza. El severo repudio a las adúlteras entre los antiguos norteamericanos comparte mucho del estricto código de honor que España aplicaba a tales transgresoras. Indios y españoles podrán juzgar y condenar a la mujer por sospecha o indicio de adulterio. Vale decir que el código de los antiguos norteamericanos, tal y como lo describe el Inca, era más equitativo que el español. Este proveía un mecanismo de jueces y testigos para discutir la posibilidad de adulterio: en España, el esposo, padre o hermano juzgaba y castigaba por sí solo pues la honra exigía secreto (16). Ya se ha comentado que Garcilaso se distancia de ciertos presupuestos del código de honor español para hacer hincapié en la nobleza de las acciones y la virtud como la mayor honra (17). Su reflexión final sobre las leyes aplicadas a las adúlteras incide en esta crítica:

“La pena que daban al cómplice ni al casado adúltero, aunque la procuré saber, no supo decírmela el que me daba la relación, más de que no oyó tratar de los adúlteros sino de ellas. Debió ser porque siempre en todas naciones estas leyes son rigurosas contra las mujeres y en favor de los hombres, porque, como decía una dueña de este obispado, que yo conocí, las hacían ellos como temerosos de la ofensa y no ellas, que, si las mujeres hubieran de hacer [ las leyes] que de otra manera fueran ordenadas” (F, III, xxxiv, 275).

Ahora bien, el Inca hace hincapié en cómo se castiga esta transgresión no sólo por destacar comunidad de códigos entre floridos y españoles. De acuerdo a su aplicación de la **praeparatio evangelica** (18) el autor quiere hacer notar que tales “bárbaros” son iguales y aun mejores que griegos y romanos, quienes sí toleraron el adulterio. En su afán armónico, Garcilaso describe el riguroso código de los floridos para elevarlos sobre los antiguos.

27

Aunque temas tan dispares como el honor y la descripción de costumbres sirven para abundar en la respuesta del inca a la pregunta tópica ¿hay uno o muchos mundos? un simple acto suscita la contestación. Cuando el cacique Guachoya estornuda, sus nobles lo saludan deseándole salud y prosperidad. No es por casualidad que Hernando de Soto al admirarse de estas reverencias comenta en presencia de caballeros y capitanes españoles: “¿No miráis cómo todo el mundo es uno?”. Garcilaso agrega: “este paso quedó bien notado entre los españoles, de que, entre gente tan bárbara, se usasen las mismas o mayores ceremonias que al estornudar se usan entre los que se tienen por muy políticos” (F, V, 1ra parte, iv, 342). Indudablemente, el Inca pone este comentario en boca de tan ilustre capitán para prestigiar el aserto y subrayar su anhelo de armonía sustentado por los textos neoplatónicos. Precisamente es de Soto quien reconoce tal comunidad de costumbres porque Garcilaso cree que él y otros conquistadores son instrumentos para llevar a cabo esa tarea unificadora. Visto en

---

este contexto, el rechazo de algunos a aceptar costumbres indias adquiere una significación muy particular (F, IV, iii, 295 – 297). El Inca los condena convencido de que sólo a través de una mutua comprensión, de la búsqueda del orden en la integración, en el mestizaje, mundos aparentemente diversos formarán un todo perfecto. Porque quiere subrayar cómo pueden ser las relaciones hispano-indias bajo este sello armónico, Garcilaso detalla la cooperación del cacique Anilco en la construcción de los bergantines que habrían de sacar a los expedicionarios de tierras norteafricanas y añade cómo el orden español evita inútiles luchas entre dos curacas enemigos, Anilco y Guachoya (F, V, 2da parte, x – xiv, 377 – 395). A su vez, el Inca aprovecha cada oportunidad para destacar su odio a las discordias y tiranías. Al mismo tiempo, Garcilaso utiliza la figura de Hernando de Soto y tanto la historia de la Florida como la del Perú para reiterar la importancia de la unión y la armonía. El Inca no vacila en recalcar que discordias causaron el desamparo de Pizarro en la isla del Gallo; desavenencias provocaron las guerras civiles de su patria americana; y nuevamente discordias motivan la pérdida de la Florida (F, III, xxxiii, 271 – 272). El disgusto de Garcilaso ante el predominio de la desarmonía es consecuente con la filosofía de los **Diálogos**. Al fin y al cabo las desavenencias en tanto división suscitan la ruptura de ese equilibrio vinculatorio de mundos separados por la geografía. Vista así **La Florida del Inca** se nos revela como libro clave para comprender la soterrada veta filosófica que tiñe los escritos de ese mestizo peruano que tanto en su biografía como en su obra supo enlazar y honrar sus dos estirpes. Pero hay más. Esta obra primeriza muestra cómo por años Garcilaso elaboró una teoría plasmada en todas sus resonancias en los **Comentarios reales** (19). Indudablemente el relato de la nobleza y valentía de los antiguos norteamericanos preparará a los lectores para aceptar como verdadera la historia de la magnífica civilización incaica que el autor avanzaba por entonces. Que la realidad de la conquista irrumpe en el discurso garcilasiano a contrapelo de su afán armónico, así como el fin trágico de **La Florida** y de la **Historia general del Perú**, muestran que el peruano escribe consciente del



significado e impacto de los sucesos americanos. Efectivamente, su discurso es un llamado a olvidar las barreras que desde los sucesos de Cajamarca separan mundos aparentemente diversos. Garcilaso ha asumido la trágica realidad de su patria y la suya propia —la desarticulación, la disyunción quiebran su ideal. Tironeado por dos estirpes en un mundo violentado por el caos, el Inca ve en el mestizaje la solución deseada. Desolado pero no vencido avizora el porvenir y en él cifra sus esperanzas. Sus escritos recogen tales contradicciones y ansias. Por eso en ellos José Gabriel Condorcanqui, San Martín y Bolívar, los veedores de Nuestra América, encontraron aliento para soñar y para luchar, para anhelar con el Inca un mundo mejor.

## NOTAS

(1) Sobre el tema véase mi trabajo de próxima aparición, "Colonialaje y conciencia nacional: Garcilaso de la Vega Inca y Felipe Guamán Poma de Ayala," *Caravelle*, No. 38 (1982), 29 — 43.

(2) "El influjo de Garcilaso Inca en Túpac Amaru," *Copé* (Lima), 2, No. 5 (1971). Publicado nuevamente en **Realidad nacional**, selección y notas de Julio Ortega (Lima: Retablo de Papel Ediciones, 1974). II, 208 — 215.

(3) José Durand, "El Inca Garcilaso, historiador apasionado," **El Inca Garcilaso, clásico de América** (México: Sep Setentas, 1976), p. 31.

(4) **Comentarios reales**, segunda parte, estudio preliminar y notas de José Durand (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1952), Prólogo, I, 56.

(5) Durand, "El Inca Garcilaso,

historiador apasionado," pp. 11 - 31. Véase también Irving L. Leonard, "The Inca Garcilaso de la Vega, First Classic Writer of America," **Filología y crítica hispánica. Homenaje al profesor F. Sánchez - Escribano**, eds. A. Porqueras y C. Kojas (Madrid: Emory University - Ediciones Alcalá, 1959), pp. 51 - 62.

(6) Durand, "El influjo . . .", p. 210.

(7) **Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso** (Madrid: Porrúa, 1982).

(8) Sobre el sentido trágico de los **Comentarios reales**, véase José Durand, "El Inca Garcilaso, historiador apasionado," pp. 22 — 23, y también su "Estudio preliminar," pp. 11 — 38, a la segunda parte de los **Comentarios reales** de la edición citada.

(9) **La Florida del Inca**, "Prólogo" de Aurelio Miró Quesada,

"Estudio bibliográfico" de José Durand, edición y notas de Emma Susana Speratti Piñero (México: Fondo de Cultura Económica, 1956), III, xxi, p. 444. Citamos por esta edición indicando en el texto entre paréntesis abreviación del título, libro, capítulo y número de página correspondientes.

(10) William D. Ilgen, "La configuración mítica de la historia en los **Comentarios reales** del Inca Garcilaso de la Vega," **Estudios de literatura hispanoamericana en honor de José J. Arrom**, eds. Andrew P. Debicki y Enrique Pupo-Walker (Chapel Hill: North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 1974), pp. 37 - 46. Véanse también L. A. Arocena, **El Inca Garcilaso y el humanismo renacentista** (Buenos Aires, 1949), y Juan Marichal, "The New World from Within: The Inca Garcilaso," **First Images of America: The Impact of the New World on the Old**, eds. Fredi Chiapelli et al. (Berkeley: University of California Press, 1976), I, pp. 57 - 61.

(11) Ilgen, pp. 44 - 45.

(12) Recordemos que la distinción de dar un cacique a otro subalterno un obsequio de su propia vestimenta y particularmente si el cacique se quita la prenda en presencia del agasajado, es el mayor honor para los floridos. Garcilaso alaba esta costumbre y anima a otros a imitarla pues "conforme a buena razón, también lo debe ser en todas naciones" (F, III, v, 196).

(13) Por eso los siete indios que Pedro Meléndez llevó a España en su segundo viaje le responden a un inquisitivo soldado de de Soto: "¿Dejando vosotros esas provincias tan mal paradas como las dejasteis queréis que os demos nuevas de ellas? Y no quisieron responderle más" (F, VI xxii, 447).

(14) Sobre el callado modo condenatorio de Garcilaso, véase José Durand. "Los silencios del Inca Garcilaso," **Mundo Nuevo**, No. 5 (1966), pp. 66 - 72.

(15) Sobre el uniformismo en la obra de Garcilaso, véase Juan Bautista Avallé - Arce, "Introducción," **El Inca Garcilaso en sus "Comentarios" (antología vivida)** (Madrid: Gredos, 1970), pp. 20 - 28.

(16) Julián Pitt-Rivers, "Honour and Social Status," **Honour and Shame: The Values of Mediterranean Society**, ed. J. G. Peristiany (Chicago: The University of Chicago Press, 1966), pp. 19 - 79.

(17) José Durand, "La idea de la honra en el Inca Garcilaso," **El Inca Garcilaso, clásico de América**, pp. 89 - 107.

(18) Junto con la **Demonstratio Evangelica** (veinte libros de los cuales diez se han perdido), la **Praeparatio Evangelica** (quince libros en total) tiene por objetivo justificar el rechazo de los cristianos a la religión y filosofía griega en favor de la hebrea. Los tres primeros libros de la **Praeparatio** discuten el sistema teológico pagano; los libros cuarto,

quinto y sexto tratan de los oráculos, demonios y la opinión de los filósofos griegos del destino y del libre albedrío. Más adelante, su autor, Eusebio de Cesárea, nota cómo los griegos han conocido y usado la teología hebrea haciendo hincapié en una supuesta dependencia de Platón en Moisés. Es aquí donde desarrolla Eusebio de Cesárea más ampliamente su teoría sobre la importancia del substrato helénico en la recepción del cristianismo. Véase Eusebius of Cesarea, *The Catholic Encyclopedia*, 1913 ed., 5, pp. 620 – 621.

(19) Véase José Durand, “La redacción de *La Florida del Inca*: cronología,” *Revista Histórica*, 21 (1954), pp 287 – 302. Consulte también Aurelio Miró Quesada Sosa, “Creación y elaboración de *La Florida del Inca*,” *Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso de la Vega* (Actas del Symposium realizado en Lima del 17 al 28 de junio de 1955) (Lima: Banco de Crédito del Perú, 1955), pp. 89 – 109, y del mismo autor su “Prólogo” a la edición citada de *La Florida*, pp. ix – lxxvi.